

POLICULTIVOS IRRIGADOS EN LAS LADERAS DEL GENAL: UN EJEMPLO DE SABIA UTILIZACIÓN DE LOS RECURSOS HÍDRICOS

JOSÉ ANTONIO CASTILLO RODRÍGUEZ

El valle del río Genal se extiende por la zona suroccidental de la serranía de Ronda. En esta área se practican unos sistemas de agricultura que han dado lugar a un paisaje específico en el que el agua es indisociable de la vida campesina.

El autor, profundo conocedor del Valle del Genal, analiza la pervivencia de estos usos que en gran medida provienen de la época islámica.

«Los campesinos andalusíes veían en el jardín (yanna) la imagen perfecta del paraíso. El jardín es el espacio hidráulico más intenso y artificioso, como son, supongo, todos los paraísos... Actualmente estamos en trance de no poder conservar su vieja y arrebatada herencia. Estamos, incluso, perdiendo los paraísos perdidos».

Miquel Barceló. «El agua que no duerme».

Introducción

Si existe algún aspecto que singularice especialmente el paisaje del valle del Genal, entre otros valores de carácter ambiental y etnográfico, es el de la extraordinaria variedad de sus arboledas. Aunque la vegetación natural dominante se compone esencialmente de frondosas (alcornocal, quejigal y encinar) y coníferas, existen infinidad de espacios cultivados, en forma de una abigarrada arboricultura de vertiente, ubicándose en las solanas el olivar, la higuera y el almendro (y antes la vid), y cerezos, ciruelos, nogales y otros en las umbrías, a los que hay que añadir el castaño, hoy día el árbol rey de este valle.

Algunos de estos espacios cultivados constituyen pequeños *ager* regados, a expensas de arroyos, surgencias y



Plataforma superior del Travertino de Faraján. Policultivos irrigados.

manantiales, situados casi siempre a media ladera, en las aureolas de cultivos más cercanas a las poblaciones.

En la escasa importancia económica de estos *ager* intervienen factores de carácter puramente físicos (pendientes acusadas, inaccesibilidad, mediocridad de los suelos), como los de índole humana (minifundismo exagerado, hasta llegar a la microparcelación, arcaísmo de los métodos de explotación, descapitalización y ausencia generalizada de innovación tecnológica, envejecimiento del campesinado...). Todo ello se traduce en la marginalidad de este tipo de explotaciones, cada vez más alejadas de los circuitos económicos y la moderna comercialización.

Sin embargo, aunque el aspecto económico no es precisamente un elemento de reclamo para la investigación, estos son espacios de un elevado interés paisajístico por cuanto su pervivencia supone: de un lado, la vigencia de un *agroecosistema* que fue capaz de introducir y adaptar arboledas a la montaña, sobre todo los cítricos; de otro, la actualizada herencia de una sabia cultura del agua

legada por los musulmanes beréberes que colonizaron estas y otras sierras del Mediterráneo.

Se puede deducir de lo anterior que estamos hablando de una superficie insignificante, incluso para la no menos escasa tierra cultivada del Genal: Según el Catastro de Rústica, de las 7.085 Has. cultivadas de este valle, los espacios regados constituyen algo menos de 500 hás, esto es, el 7% del total cultivado, y el 1'02% de la superficie total de los municipios de esta comarca. Pero las cifras bajarían ostensiblemente si advertimos que la mayoría de estos terrazgos que se citan en el Catastro se refieren a las huertas del Bajo Genal, y a las que se establecen en las orillas del Guadiaro, en los términos municipales de alguno de estos municipios.

El presente trabajo no pretende ser, pues, una relación estadística ni una descripción agrológica y técnica de estos agroecosistemas. Su realización se fundamenta más bien en un expreso deseo de reivindicar la pervivencia de unos usos que han consagrado un paisaje, o mejor

aún, que han completado un paisaje, en el que el agua es elemento indisoluble de una buena parte de la vida campesina. Esta amalgama agua-hombre-paisaje, irrelevante desde el punto de vista económico y comercial en este ámbito de las Serranías Béticas, conserva aún buena parte de su pasado, como herencia preciada, casi intacta, del viejo modelo del huerto-jardín musulmán, que es extrapolable a otras culturas del Mediterráneo, y que fue síntesis perfecta y armónica del goce de los sentidos, en el aspecto de la contemplación de la fertilidad, y en el de la producción para la supervivencia.

El soporte físico

La instalación de los bancales regados en las laderas requiere en principio de una serie de elementos físicos que han de hacerla posible. El primero es, claro está, la existencia de manantiales o arroyos con corriente suficiente en los meses estivales. El agua, además, necesitará de pendientes para que, por gravedad, pueda llegar a las parcelas de riego.

En el *Havara* o Alto Genal, son las principales fuentes del río las que nutren generosamente de agua a los pequeños huertos que se encuentran justo debajo de las poblaciones. Estas fuentes proceden de dos acuíferos, el del sistema denominado Yunquera-Las Nieves, y el de Jarastepar.

En el primero, los materiales carbonatados de edad triásica y liásica contactan con las rocas impermeables de los mantos metamórficos que lo cabalgan, y dan lugar a la bella surgencia vauclusiana de Igualeja (230 l/s), y a las fuentes de Parauta y Cartajima, de las que se origina el río Nacimiento.

El de Jarastepar se sitúa en las formaciones jurásicas de Subbético, con unos recursos de unos 8 Hm³/año, y cuyo manantial más notable se halla en Júzcar (185 l/s), en el contacto de dolomías, calizas y brechas con los micaesquistos alpujárrides. Otros manantiales de este sistema se encuentran en los *travertinos* de Alpandei (Foncal, Huertos, Pozancón, Alfiguaras), y Faraján (Balastaz).

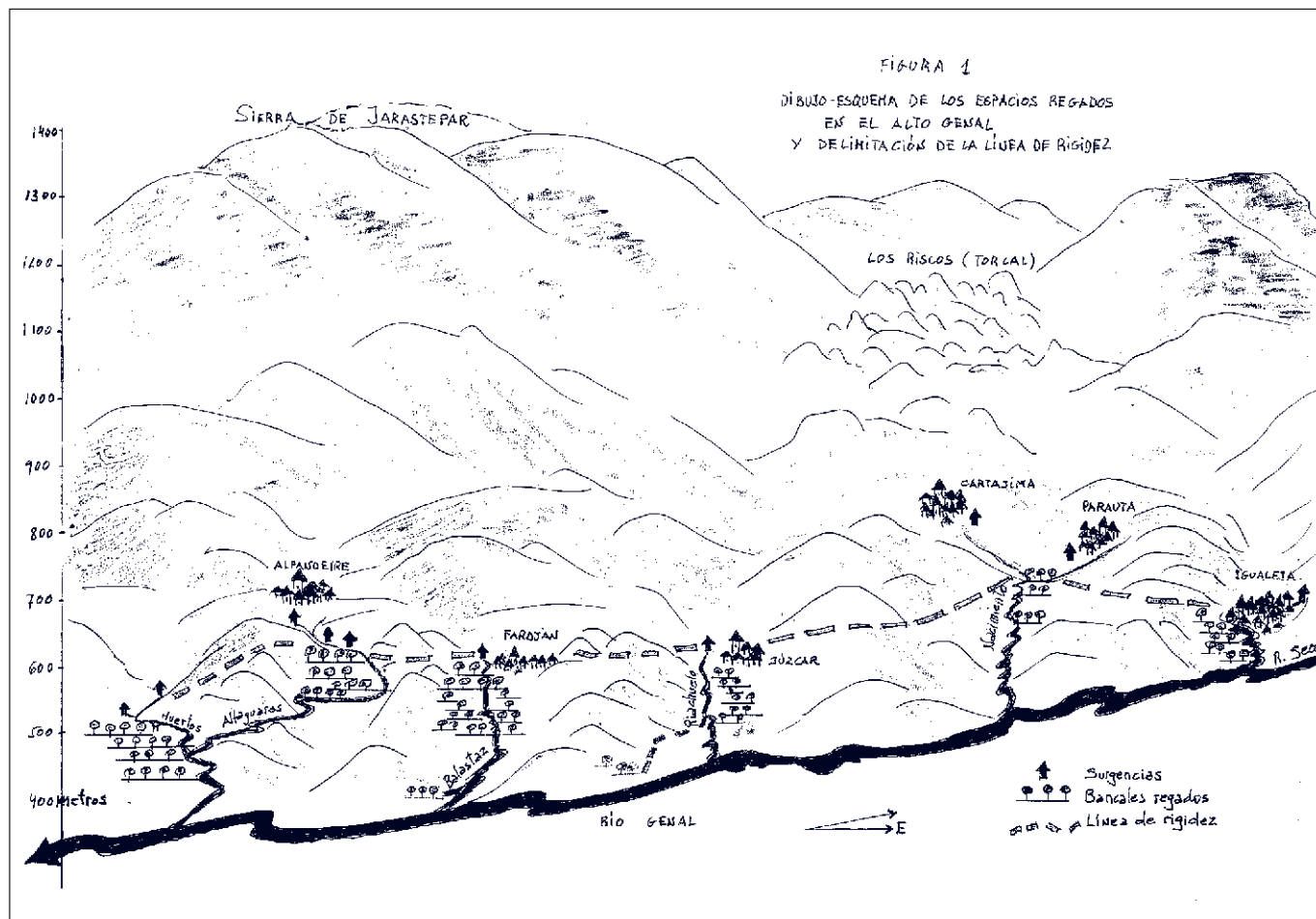
Es en este tramo del valle donde se aprecia mejor cómo los cultivos regados se establecen justo debajo de las poblaciones, que se instalan precisamente en el lugar adecuado para no interferir el funcionamiento del sistema, junto a los manantiales y surgencias, formando una *línea de rigidez*,

esto es, un segmento imaginario (figura 1) que trazáramos en las laderas, por encima del que es imposible aumentar los regadíos, y por debajo del cual se establece todo el trabajo y la organización del espacio irrigado. (BARCELÓ *et alii*, 1996). Esta *línea de rigidez* coincide de manera casi estricta con el límite de los materiales calcáreos (calizas, dolomías, brechas) con los impermeables de los mantos (gneis, filitas, esquistos, micaesquistos), que es donde surgen precisamente los manantiales.

De mucha menor entidad son los manantiales del Genal Medio. El acuífero Benadalid-Gaucín, en los contactos de las calizas de la Dorsal y las calizas alabeadas, y los materiales metamórficos del Manto Maláguide, da lugar a pequeños, aunque muy numerosos, manantiales que, tradicionalmente, han provisto de agua a las poblaciones. Aunque se puedan encontrar algunos pequeños sistemas regados a expensas de estas fuentes, lo cierto es que tanto en la orilla derecha, como en la izquierda del Genal Medio, los bancales se establecen generalmente en las cercanías de los arroyos: Benamaya, Veguetas, Benajamuz, Algotocín, a la derecha, Guadarín, Rigerta, Monardilla, Estercal-Almarchal, a la izquierda.

Un segundo elemento lo constituye el clima, o mejor, el microclima. La existencia de los cultivos regados a media ladera en la montaña mediterránea es una constante que se repite en bastantes de estos ámbitos. En nuestro caso es consecuencia de la ubicación de las poblaciones: las *qurà* (alquerías, aldeas clánicas) de los musulmanes beréberes se establecieron en este valle entre los 517 y los 846 metros de altitud. Aparte de razones de índole defensivo-estratégica, jalón de un camino, etc..., estos pobladores imitan en el Genal las condiciones del poblamiento de los valles rifeños o de la Kabylia, donde los asentamientos se establecen siempre por encima de los fondos de valle. (ISNARD, 1966 / MIGNON, 1982).

Este fenómeno es producto de una adaptación a las condiciones ambientales, bastante similares, entre las que no podemos soslayar el factor bioclimático: en primer lugar, las abundantes precipitaciones invernales favorecen la permanencia de las corrientes de agua (también, por supuesto, la existencia de los depósitos carbonatados del N y NE). Pero además, desde el punto de vista térmico, los campesinos huyen de las más adversas condiciones de los fondos del valle, que en el curso alto y medio ofrecen una excesiva umbría a causa de la especial configuración geomorfológica de las laderas metamórficas,



con meandros y encajamientos muy acusados que generan pantallas que no propician precisamente la iluminación, y que por el contrario dan lugar a frecuentes fenómenos de irradiación y escarcha.

Por otra parte, los regadíos por gravedad son muy fáciles en las laderas precisamente por el factor pendiente, mientras que en el río, los huertos necesitan de continuas obras y adaptaciones, como el *azud* y el *caz*, aquél además efímero por el efecto de las crecidas periódicas. No ocurre así en los sistemas de ladera, donde el trabajo realizado requiere mucha menor conservación. Aquí no hay azudes, sino albercas, elemento estático que no necesita excesivos cuidados, y regaderas o acequias que se reforman con menos trabajo.

Así pues, queda más que justificada la existencia de esta pequeña hidráulica, porque, si bien es cierto que en las zonas más abiertas del río podemos hallar cultivos de cítricos y hortalizas, los campesinos han sabido aprove-

char las ventajas térmicas de las laderas, que invitan a la implantación de una mayor gama de cultivos, a la maduración precoz y a evitar los riesgos de heladas. (RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, 1977).

El tercer elemento lo constituye la accesibilidad. Los campesinos, en un mundo tan compartimentado donde las comunicaciones se muestran tan difíciles, optan por establecer sus principales cultivos lo más cerca posible de sus aldeas y pueblos. Esta cercanía facilita el acceso y abarata costes, de ahí que casi todos estos huertos aparezcan generalmente en las primeras orlas de cultivos.

Origen y pervivencia

En el establecimiento de estos campos regados intervienen dos tendencias que pueden explicar muy bien tanto la instalación, como el desarrollo y la pervivencia del agrosistema:

- Desde un punto de vista endógeno, el campesino necesita aprovisionarse de frutos y hortalizas para su autoconsumo. No se olvide que estamos en un mundo aislado, alejado de los circuitos del comercio. Este hecho, que en la época en que se instalan los pobladores podría parecer una obviedad, ha pervivido en este valle por las especiales circunstancias históricas que aquí se han vivido, incluyendo un aumento demográfico en la última etapa del Reino de Granada, que exigió acrecentar y diversificar la producción. (GÓMEZ MORENO, 1989). Posteriormente, el Genal permaneció agazapado en su escondite, olvidado y sin apenas contactos con las áreas más dinámicas de alrededor, hecho constatable hasta, prácticamente, después de la Guerra Civil.

Por tanto, es esta necesidad de autoabastecimiento la que da lugar a la implantación de multitud de arboledas, y a la necesidad de contar con espacios irrigados para que muchas de ellas pudieran desarrollarse.

- Desde un punto de vista exógeno, este tipo de cultivos corren la misma suerte de las arboledas de secano que producían los frutos secos, y que eran objeto de exportación en los mercados bajomedievales. (LÓPEZ DE COCA, 1977). Efectivamente, el Reino Nazarí se constituye en exportador de estos productos al NW de Europa, exportación que se realizaba precisamente desde el puerto de Málaga, a cargo de agentes genoveses (*trata della frutta*), y que incluía, además de higos, almendras y uvas, alguna de las frutas de regadío que se conservaban secas y/o confitadas con miel. Este hecho, común a toda la montaña de Málaga, debió significar en este valle una razón más que poderosa para la instalación de las parcelas irrigadas. Así se comprueba en la zona del Bajo Genal, en el Señorío de Casares, donde, además de huertos en el río, los bancales de media ladera se nutrían del agua de albercas, detectándose en Benestépar (Genalguacil), un sistema de bancales y acequias. (BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, 1982).

La organización del espacio en los sistemas regados. Dos modelos tipo

Los espacios regados de las laderas se pueden presentar como microparcels dentro de la misma explotación, aunque a veces ésta se constituye en su totalidad como de

riego, en este caso en la modalidad de bancales. Estos dos modelos se hallan en todo el Genal, pero son más frecuentes en el Valle Medio. Otras veces nos encontramos con un sinnúmero de pequeñas explotaciones que conviven con otras algo mayores, por lo general de distintos dueños, formando un complejo e intrincado parcelario, y cuyos límites suelen ser los propios bancales, o cercados de piedra. Este modelo es el que se aprecia en el sistema del travertino de Faraján, que suele repetirse en otros sistemas similares de los acuíferos del *Havara*.

Para el primer caso tomamos en modelo de las explotaciones con parcelas de riego del Arroyo de Veguetas, en Benalauría. Esta corriente forma un valle orientado al E-SE, que se extiende desde los riscos calcáreos de la Dorsal hasta la desembocadura con el Genal. Las pendientes de ambas laderas son muy acusadas en el curso alto, pero se suavizan desde el tramo medio, sobre todo en la de umbría, donde hemos medido porcentajes de un 25 % en algunas zonas de bancales.

Los espacios regados se establecen preferentemente aquí, unas siete has. (78 %), mientras que en la solana encontramos alrededor de una hectárea y media (22%). La razón de esta desproporción es bien simple: los manantiales de la umbría son más abundantes y generosos, y persisten mejor durante la sequía estival.

La extensión de las parcelas regadas es muy pequeña: las mayores que hemos hallado ocupan 86 áreas, dos en total, una de 52 áreas, varias entre 20 y 30, y el resto por debajo de 20, con 14 por debajo de 10 áreas. Prácticamente la totalidad de estas propiedades acusan el sistema de explotación directa.

La producción se ajusta al autoconsumo, aunque existen excedentes de algunos frutos, principalmente ciruelas y naranjas, cuya comercialización es muy problemática a causa de los difíciles accesos y del arcaísmo de los usos agrícolas. Otras arboledas forman pequeños grupos o pies sueltos de cerezos, nogales, que en umbría suelen cultivarse en secano, granados, kakis, nísperos y membrillos. Igualmente, los campesinos disponen de algunas parcelas para establecer huertos, que en invierno siembran de patatas, cardos y otros, y en verano se cubren con tomates, pimientos, berenjenas, pepinos, calabacines, judías verdes, etc..., siempre para el autoconsumo o para la venta directa en el pueblo si hay excedentes. La mayoría de estos bancales se riegan con agua de albercas de

manantial, en algún caso compartida, pero las más próximas al arroyo toman el agua de la corriente, atrapándola mediante un *albercón*, para poder conseguir la suficiente presión. En años excepcionalmente secos, esta corriente es muy exigua o llega a desaparecer en el tramo medio, de manera que el agua no llega más que para los primeros riegos, es decir, junio y julio.

En estos agroecosistemas regados del Genal Medio, la alberca se constituye en elemento indispensable para el almacenamiento del agua del manantial. Casi todas ellas son del modelo de caja, esto es, un paralelepípedo con cuatro paredes, en realidad tres exentas y una adosada al talud, con la parte superior rematada en ladrillo, y con un registro en el orificio de salida para amortiguar la presión del agua. Estas albercas pueden ser también del tipo cilíndrico, y las hemos visto de todos los tamaños, desde un par de metros cúbicos, hasta capacidades por encima de los 50.000 litros. Aparecen por lo general, las que aún se utilizan, muy bien conservadas, enjalbegadas, incluso adornadas con macetas.

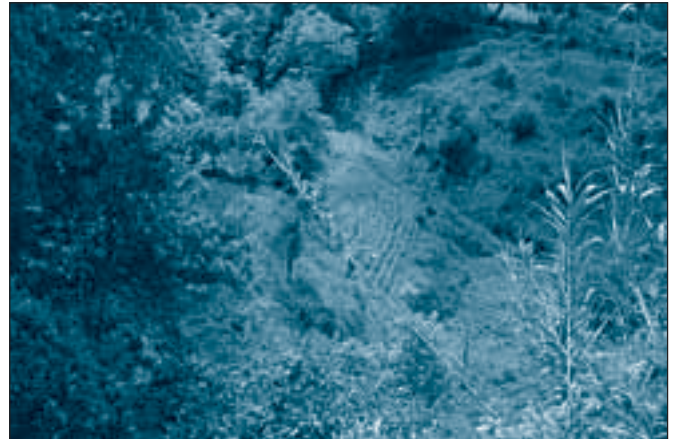
El chorro del manantial, de teja o tubo de hierro, llena la alberca de noche, o en 24 horas completas, que es lo más usual, y hablamos de un año normal en cuanto a las precipitaciones, y luego el campesino riega su propiedad, casi siempre al atardecer, llevando el agua por una regadera principal hasta la *erilla* más lejana, aprovechando así el máximo de presión, y va retrocediendo luego *erilla* a *erilla*, hasta la más próxima al depósito. El paso de un bancal a otro se realiza mediante un *regajo*, elemento que hemos hallado incluso empedrado, para evitar el acarreamiento, y paralelo a éste, un paso con escalones o transversal al talud. Estos sistemas de riego van siendo sustituidos en la actualidad por el de las mangueras, el goteo, o incluso el microaspersor. (CASTILLO RODRÍGUEZ, 2001)

Dado que la mayoría utilizan albercas propias, no existe ningún tipo de reglamentación para *tandas* y *turnos* de agua, ni autoridad alguna que controle este menester. En el caso de los *albercones* nutridos con aguas del arroyo, estos se llenan por la noche, poniéndose directamente de acuerdo los propietarios cuando el agua escasea.

Estas explotaciones, ya se ha dicho, se repiten miméticamente en todo el Genal Medio. Así, en el arroyo de Benamaya, en el de Benajamuz, con huertos tanto a media ladera, con manantiales, como junto al arroyo, hasta



Bancales inferiores del Travertino de Faraján, dedicados a cítricos y Horticultura familiar



Microparcelas irrigadas en los tramos bajos de Balastaz (Faraján)



Sistema irrigado de "Las Huertas", Alpendeire.

casi la desembocadura. Aquí hemos detectado la reconstrucción de una alberca y la reposición de arboleda en los bancales, así como la adecuación de la casa de labor, aljibe, injertas etc... Igual podemos decir de las laderas del arroyo de Algotocín, o del Monarda y Monardilla (Jubrique), con frecuentes huertos con cítricos en bancales entre alcornoques y quejigos, y de otras vertientes de los términos de Benarrabá, Genalguacil y Gaucín.

El Almachal presenta, sin embargo, verdaderas huertas en el tramo medio y bajo, con hasta nueve azudes y dos molinos. Sin embargo, el espacio más característico para el estudio que nos ocupa es el del Estercal, un arroyo que baja desde las peridotitas de Sierra Bermeja, en similar orientación a la del Genal, y que posee un conjunto de huertos regados, casi pegados al arroyo, que captan las aguas con *albercones* o *azudes*, al menos cuatro existen aún, con un muy bien conservado policultivo.

La edad media de estos horticultores es alta, pero hemos observado que hay jóvenes que, a tiempo parcial, persisten en el cuidado del huerto. El riego constituye para muchos de ellos una ceremonia en que el olor a tierra mojada, el amable sonido del agua y la recolección de algunas hortalizas, funde al hombre, en un momento casi mágico, con el agua, los árboles y la tierra.

El segundo modelo que exponemos se basa en el agrosistema de huertos del *travertino* de Faraján. Formado a partir del arroyo de Balastaz y el manantial de El Charco, el espacio se estructura al menos en tres niveles fundamentales: el primero, el más extenso y de menor pendiente, antes del *dique travertínico*, un segundo con bancales alargados, a ambos lado del arroyo, y un tercero algo más abajo, también con bancales.

Según el Catastro, se pueden medir hasta unas 7 has de riego, que es prácticamente el terrazgo de estas explotaciones, al menos en los sistemas de debajo del dique. La mayor propiedad es una parcela de 1'63 has., y le siguen otras varias de 66 y 60 áreas, una de 47, de 44, y el resto por debajo de estas cifras, con 6 de ellas con menos de 10 áreas, el 20% de las que se hallan en este sector.

El sistema de riego es por gravedad. La acequia principal parte de «El Charco», de la que deriva al este un ramal que describe una curva para regar la plataforma superior, curva que afluye de nuevo en la acequia. Aquí el espacio aparece bastante fragmentado, con las lindes

trazadas con muretes de piedra cubiertos por trepadoras. De las acequias salen multitud de canalillos que se dirigen a cada una de las parcelas, formando un entramado en muy buen uso y conservación. (Figura 2)

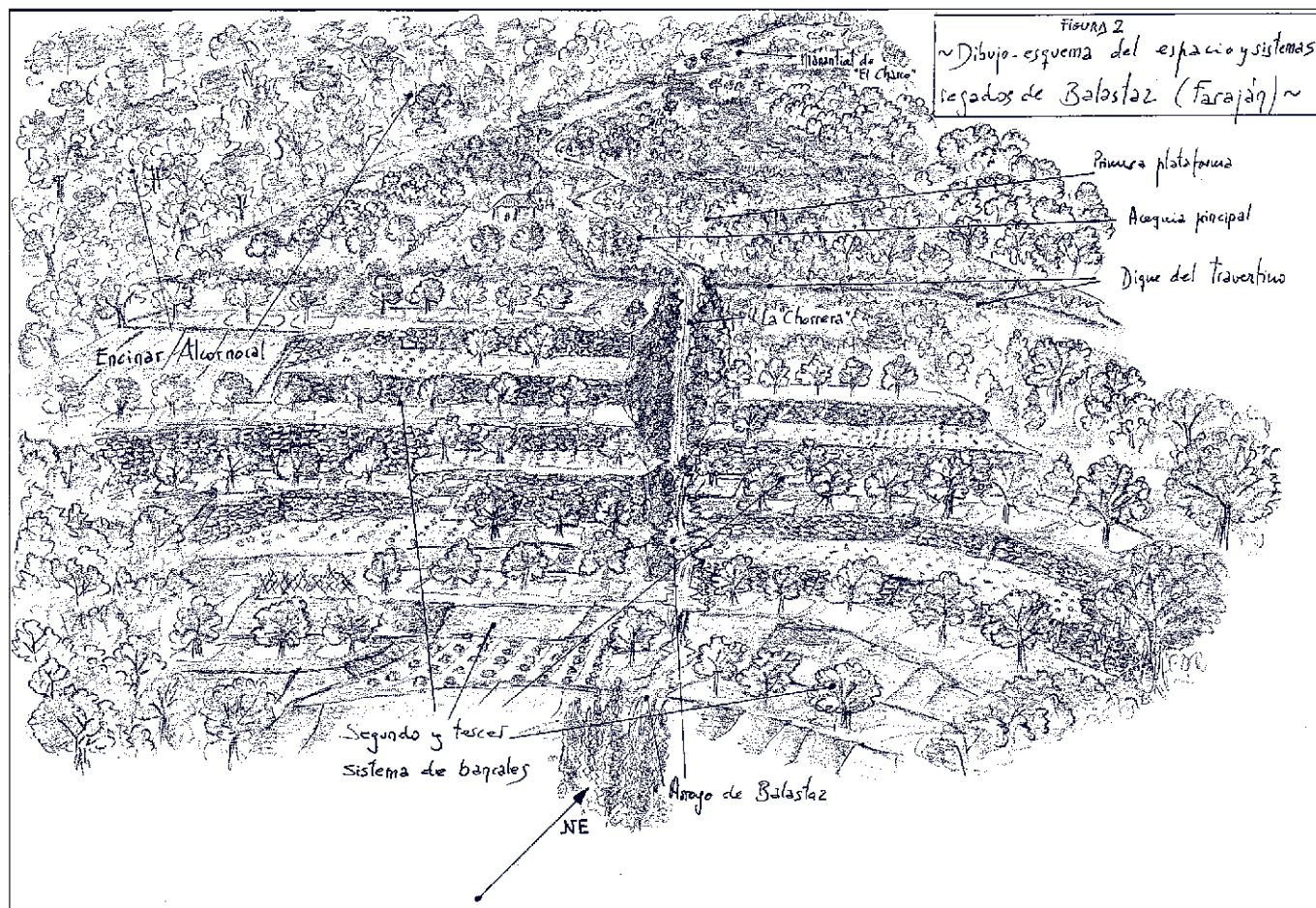
A partir de aquí, el agua toma un itinerario hacia el oeste, para regar los bancales *de abajo*, si fuera menester, o se precipita por una imponente *chorrera* que cae en picado desde unos 20 metros, añadiendo al paisaje de Balastaz la presencia y el sonido amable y fresco del agua pura del manantial que privilegia este auténtico jardín.

Una vez salvado el travertino, el agua que no se ha utilizado en los bancales adyacentes al dique se distribuye entre el resto de parcelas y bancales, bajando hasta llegar casi al fondo del valle, donde un último espacio regado, la «Huerta del Patronato», capta el sobrante del arroyo de Balastaz por la noche, en que se llena un *albercón* para poder regar en la siguiente jornada.

Las arboledas de este sistema se componen esencialmente de cítricos, nísperos, higueras y otros árboles heliófilos, por la orientación a solana. Existen igualmente parcelas dedicadas a huerto de hortalizas, delicadamente trabajados, donde incluso hemos hallado el elemento que confirma esa idea de huerto-jardín musulmán: en algunos de los taludes crecen multitud de rosales de todos los colores imaginables.

La reglamentación del uso del agua es muy simple: La cantidad de agua utilizada es directamente proporcional al tamaño de la tierra. Los propietarios de arriba del dique riegan sus parcelas una vez por semana, que es lo usual, y el agua que se precipita por la *chorrera*, que se considera sobrante, se reparte entre los bancales de abajo. No existe en la actualidad, ni en un pasado próximo, ninguna otra regulación jurídica, escrita o consuetudinaria, ni la figura del *Alcalde del Agua* (Qaid Al ma'a), que sí parece haber existido en Igualeja, y en los riegos de los herbazales del Guadiaro, en los manantiales de Fuensanta (Benadalid-Benalauría) y Salitre (Algotocín).

Este sistema de Faraján se repite simétricamente en el travertino de Los Huertos, en Alpendeire, a expensas de varios manantiales, con bancales escalonados hasta casi la confluencia del Gorgote. En ambos sistemas, además, se da la circunstancia de la existencia de sendos molinos hidráulicos de *cubos*, hoy desaparecidos, lo que demuestra la realidad de una compleja organización hidráulica



por parte de las poblaciones, que pretendían un aprovechamiento integral de los recursos.

En este sentido, estos agrosistemas del Havalal necesitaron de algún tipo de organización por parte de la autoridad clánica o tribal, o posteriormente señorial o del Concejo, para poner en marcha un entramado de estas características. Si en el Genal Medio asistimos a iniciativas particulares, aprovechando un pequeño manantial dentro de la explotación, salvo quizá en caso del Arroyo del Estercal, en Jubrique, en estos espacios más complejos se necesitó de una ingente mano de obra campesina que pusiera en cultivo las laderas, estableciendo los bancales, acequias y regaderas, a la vez que se hacían precisos los repartos del agua en tandas y turnos, que si bien hoy no parecen tener regulación, sí que debieron tenerla en una época de mayor carga demográfica y de una más intensa utilización del terrazgo. Estamos en presencia, pues, de un espacio irrigado en el que puede observarse una especie de prediseño (KIRCHNER-NAVARRO, 1993), primero actuando sobre la plataforma del dique, que es un lugar

de fácil irrigación, más tarde adecuando la pendiente mediante bancales artificiales construidos a base de piedras de toba, como consecuencia de la necesidad de aumentar el terrazgo irrigado por el aumento demográfico o las tendencias comerciales del momento.

Estas apreciaciones son perfectamente aplicables a los sistemas regados de Igualaja o de Júcar, aquí, además, con la existencia de una importante derivación, «la acequia larga», que parte del tramo medio del Riachuelo y recorre en sentido descendente toda la ladera derecha hasta llegar prácticamente a la orilla del río, a unos tres kilómetros de la *toma*, donde riega varias huertas. Nos dicen los campesinos que la generosidad del acuífero hace inútil cualquier tipo de regulación o reparto.

Conclusión

La persistencia de los espacios irrigados en el Genal constituye un ejemplo o modelo de lo que se ha venido en llamar

«pequeña hidráulica», común a toda la Montaña Mediterránea, y que tiene aquí una singular presencia gracias a la abundancia de acuíferos. Esta singularidad se acrecienta con la adecuación al paisaje, formando islas de *ager* irrigados entre las frondosas y el resto de las arboledas introducidas. La adecuación de la que hablamos, lejos de romper o dañar los ecosistemas, enriquece con su presencia y variedad los valores naturales y paisajísticos, acrecentando la biodiversidad del Valle, y constituyendo un patrimonio etnográfico que es preciso preservar a toda costa.

La calidad de algunos de los frutos de estos agroecosistemas contrasta, sin embargo, con la casi nula rentabilidad de la producción, lo que demuestra la marginalidad de estos cultivos, y la escasas perspectivas de que sobrevivan a medio plazo. No obstante, observamos que, a tiempo parcial, algunos lugareños, incluso los más jóvenes, obtienen un complemento a sus rentas del trabajo no agrario, a la vez que procuran ciertas ventas en los mercados locales, dado que, insistimos, la calidad de los productos los hace muy solicitados.

La continuidad, entre los habitantes del Valle, de esta, pudiéramos decir, «mentalidad» de cuidar el terrazgo irrigado que la tradición familiar les ha legado, es un elemento psicológico que no debe ser soslayado. Conservar estos sistemas no es tarea fácil, pero las soluciones podrían venir

de la mano de una comercialización selecta, derivada hacia la agricultura ecológica, hecho que se da en la práctica, o en el envasado de estos productos en los pueblos donde existen ya obradores y, desde luego, en la protección por parte de los organismos competentes.

En este sentido, no nos explicamos cómo se subvencionan todo tipo de productos agrícolas y ganaderos, y se dejan desaparecer día a día este y otros aspectos de la vida campesina: si se apuesta por conservar el paisaje, ¿por qué no preservar aquellos elementos que le son indisolubles, y que el hombre ha introducido con un respeto y adaptación al medio fuera de toda duda?. Son retazos de la vieja cultura campesina de la montaña los que desaparecen año tras año, sin que se ponga remedio a la desarticulación y el desarraigo de estas pequeñas comunidades rurales, herederas y garantes de multitud de usos y tradiciones. Uno de los más notables es éste que nos ocupa, en forma de un manejo sabio, coherente y respetuoso de sus manantiales, ejemplo para planificadores y manipuladores de los recursos de toda índole, especialmente del agua.

La protección de alguno de estos usos es aún posible, como posible es la protección del paisaje que ha resultado de ellos; no nos engañemos: la montaña no ha de servir exclusivamente de escaparate de políticas medioambientales



Huerto familiar de verano, adornado con "galafrancia" (Banalauría)

donde el hombre que la habita apenas cuenta. Si se habla de conservar, se ha de hacer contando con estos hombres, y para ello, se les ha de procurar el sustento, haciendo posibles algunas de las formas de vida rural que aún perviven. Sólo así será posible la pervivencia de estos paisajes, tal y como hoy los contemplamos.

Las políticas de protección y conservación tienen, por tanto, que procurar de forma paralela la fijación de población en la montaña, premisa indispensable para el mantenimiento de los viejos usos campesinos. Entendemos que ha llegado la hora de que las ayudas y subvenciones se dirijan también a este tipo de explotaciones que acabamos de estudiar, o a otras similares, que conforman ese entramado hombre-naturaleza que, por suerte, aún está presente en algunas de las montañas de nuestro viejo y complejo mundo mediterráneo.

Jábega-86

Mi agradecimiento a los campesinos hortelanos de los sistemas citados, en Faraján y Júzcar, y muy especialmente a Antonio Higuero, de Alpandei, y Francisco Guerrero, de Benalauría.

Glosario

Ager: Espacio cultivado, en contraposición a *salvus*, espacio no roturado, bosque.

Agrosistema: Modelo de explotación agraria. Genéricamente se puede hablar de *agrosistema paleotécnico*, o *agrosistema neotécnico*, haciendo referencia a los modelos de agricultura tradicional, que es la que nos ocupa en este trabajo, o de agricultura comercial. Un *agroecosistema* es un modelo de práctica campesina respetuosa con el medio.

Albercón: Se trata de un depósito, mayor que la alberca, que recoge agua de un arroyo o un gran manantial.

Alcalde del Agua: Campesino elegido por los propietarios o productores que explotan los sistemas irrigados, encargado de cuidar de los turnos y tandas del agua. Es figura proveniente de la tradición musulmana: *Qaid Al-ma'a*, *Sahib Al-ma'a*, «juez, señor del agua».

Azud: Pequeña presa hecha con elementos naturales. En el Genal los campesinos deforman el vocablo y lo pronuncian *súa*.



Explotación de cítricos en bancales, en el río Monasilla (Jubrique)

Caz: Canal, acequia. La voz *cao*, es deformación de los horticultores y molineros.

Chorrera: Cascada que forman algunos arroyos.

Cubo: En molinería hidráulica, el cubo es un cilindro hecho de fábrica, al final del *caz*, que se llena de agua para procurar presión. El agua sale luego por un orificio o *saetillo* para mover el *rodeznó*.

Erilla: Especie de alcorque que retiene el agua en cada árbol, o en cada grupo de hortalizas.

Havara: Alto Genal; voz resultante del linaje beréber *Hawara*.

Línea de rigidez: Término acuñado por Miquel Barceló para designar una línea imaginaria que separa en una ladera o valle la posibilidad de irrigación por gravedad, de los espacios situados por encima de los acuíferos.

Qurà: Plural de *qarya*, alquería, aldea que instalaron los beréberes en el Genal, y que reciben casi siempre el nombre de un linaje: *Banu-l-Jalid*, *Al-Attus*, *Banu-l-Hawria*...

Regajo: paso de un banal a otro de la acequia secundaria.

Tanda: Volumen de agua estipulado para cada explotación regada.

Toma: Azud, en el Alto Genal.

Travertino: Depósito de carbonato cálcico formado a partir de una solución muy concentrada que contiene restos orgánicos fosilizados, alrededor o bajo una fuente o surgencia. El travertino se compone de uno o varios diques, que sirven de tope para los depósitos de materiales sedimentarios que conforman una plataforma.

Turno: Frecuencia de las tandas de agua a que tiene derecho una explotación irrigada.

BIBLIOGRAFÍA

BARCELÓ M. *et alii.* (1996) *El agua que no duerme. Fundamentos de la arqueología hidráulica andalusí.*

BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, R. (1982) *Moriscos y cristianos en el Condado de Casares.*

CASTILLO RODRÍGUEZ, J.A. (2001. En prensa) *El Valle del Genal: Paisajes, usos y formas de vida campesina.*

GÓMEZ MORENO, M^a Luisa. (1989) *La montaña malagueña. Estudio ambiental y evolución de su paisaje.*

ISNARD, H. (1966) *Le Magreb.*

KIRCHNER E, NAVARRO C. (1993) *Objetivos, métodos y práctica de la arqueología hidráulica. Archeologia Medievale.*

LÓPEZ DE COCA, J.E. (1977) *La Tierra de Málaga a fines de 1500.*

MIGNON, CH. (1982) *Campos y campesinos en la Andalucía Mediterránea.*

RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, F. (1977) *La Serranía de Ronda. Estudio Geográfico.*

Documentos, cartografía y consultas:

Parcelario de los Catastros de Rústica de Faraján y Benalauría.

Mapas topográficos 1/10.000. Consejería de Obras Públicas y Transportes. Junta de Andalucía.

Mapas geológicos 1/50.000. Hojas de Cortes de la Frontera y Marbella. IGME.

Atlas Hidrogeológico de la Provincia de Málaga. Diputación Provincial. Málaga, 1988.